

Alfredo Matus Olivier
Academia Chilena de la Lengua

SAN MILLÁN DE LA COGOLLA EN LOS ORÍGENES DEL ESPAÑOL*

En un célebre monasterio riojano, hace mil años, nació una lengua. Pero ¿es que las lenguas nacen? Frecuentemente se repiten expresiones del tipo de *lenguas vivas, lenguas muertas, lenguas madre, hija y hermana*. Vocabulario biológico que esconde una realidad compleja. La "vida" de las lenguas consiste en su desarrollo histórico, en su constituirse permanente. "El cambio expresa la infinitud de una fuerza vital que está por encima del concepto de muerte y hasta del de nacimiento", ha dicho el lingüista italiano Terracini. En este sentido, nunca se puede aseverar "aquí termina (muere) el latín y acá empieza (nace) el romance". En verdad, nunca se ha dejado de hablar latín y lo que digo en este instante no es otra cosa que latín, el latín de estos horizontes en nuestros días.

No obstante, hay algunas fechas que -se afirma- señalan la "muerte" de una lengua. En Cornualla, el 27 de diciembre de 1777, dejó de existir la lengua celta cuando falleció la última anciana que lo había hablado. En Veglia, junto al Adriático, en 1898, con el deceso de Udina Burbur, último hablante del dalmático, se produjo el de esa lengua románica. Sí, la "muerte" de estas dos lenguas está datada. Y es que, en ambos casos, las circunstancias hicieron que tanto el celta como el dalmático fueran sustituidos por otros idiomas. Al quedar relegados al uso familiar, fueron desapareciendo con sus usuarios.

Pero ¿cuándo "nace" una lengua? Tal vez el "espectro cromático" sea, según Dámaso Alonso, una buena imagen: si bien nunca podemos afirmar "aquí termina el amarillo y acá empieza el verde", sabemos cabalmente cuando estamos en presencia de un color o del otro. Sólo que, en relación con la lengua, el problema se complica para las épocas antiguas, puesto que el úni-

* Este texto corresponde a la disertación realizada por el autor, el 27 de marzo de 1998, en el homenaje que la Academia Chilena de la Lengua rindió a San Millán de la Cogolla con motivo de haber sido declarada, por la UNESCO, Patrimonio de la Humanidad. Este acto contó con la presencia del Excmo. Sr. Dr. Pedro Sanz Alonso, Presidente de la Comunidad Autónoma de La Rioja, y de autoridades de ese gobierno.

co acceso a ellas lo constituye la lengua escrita. La lengua escrita -y es comparación de lingüistas- actúa como la capa de hielo que se va formando sobre el torrente y termina por esconderlo. Por largos trechos sólo se advierte la inmóvil cubierta de la superficie. Durante los siglos V, VI, VII y VIII - y mucho después aún- se sigue escribiendo en latín más o menos correcto, pero ese latín recubre el desarrollo lingüístico, el proceso que se está operando en la lengua hablada. Sólo afloran algunos "errores", algunas peculiaridades regionales. Cuando la fuerza se hace incontinente, emerge decididamente el torrente. A este emerger decidido se le llama nacimiento.

Conmemoramos los orígenes del español. ¿Significa esto que en algún año del siglo XI un hispano produjo la primera palabra castellana? Nada de eso. Lo que solemnizamos es justamente el "aflorar", el "emerger" de la lengua española a la superficie. Lo que estamos celebrando es la primera documentación importante del romance que, desde hacía siglos, venía gestándose en la Península Ibérica. Y, en concreto, lo que hoy recordamos con emoción son las Glosas Emilianenses que, hace unas nueve o diez centurias redactó un monje de San Millán de la Cogolla, en La Rioja. El códice latino Aemilianensis 60, actualmente en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, en Madrid, ha sido estudiado por eminentes especialistas en códices visigóticos. Don Ramón Menéndez Pidal estima que el texto corresponde a los siglos IX o X y que las glosas pueden ser de mediados del X. Claudio García Turza y Miguel Ángel Muro, profesores de la Universidad de La Rioja, señalan que éstas fueron anotadas en el siglo XI. Pero ello importa poco para nuestra conmemoración, que todos los días del siglo son oportunos para nuestro semejante acontecimiento.

Este es el hecho señero: en San Millán aparece 'no una palabra' sino el primer texto escrito intencionalmente en romance español. Y en un glosario (o colección de glosas). Las glosas de San Millán se agregan a un manuscrito cuyo contenido consiste en diversos textos eclesiásticos (un cuento de las Vitae Patrum, Señales que precederán al fin del mundo, 3 sermones y 1 homilía de San Agustín). El monje -tal vez un riojano, un navarro o un alavés- se preocupa por facilitar la lectura de estos textos añadiendo notas explicativas de los términos que considere abstrusos. Hay anotaciones en latín, en romance y dos, en vasco. Señala, además, el límite de cada oración e indica el "orden lógico" de sus elementos, como una forma de orientar la interpretación de los hipérbatos. Ello ha hecho pensar que se dirigían a estudiantes de gramática o latín.

Pero todo habría sido natural, trivial, me atrevo a decir, si se tratara sólo de un conjunto de apostillas léxicas, unas más interesantes que otras: *repente* (lueco)..., *suscitabi* (lebantai)..., *adulterium* (fornicationem)... Pero al cenobita de pronto se le ha anudado el alma. Hasta ahora, en tenues gotas, ha ido asomándose la lengua vulgar. Pero ya la corriente se hace incontenible. Ya

quiere emerger el idioma. La capa de hielo se adelgaza y al religioso se le inunda la boca. *Ex imo cordis*. ¿Cómo contener esa bendición para el pueblo en la lengua de todos los días? Quizás esa construcción latina (*adjuvante domino nostro Ihesu Christa...*), tan formal, tan fría y distante, sea el impulso que abre las compuertas. No se puede evitar. Es el instante en que prorrumpe el romance, mana en las superficies y empapa la lengua escrita. Ya no es una mera nota, una simple explicación léxica. Lo que ahora brota es expansión, despliegue y desarrollo. El religioso se despegó del texto para dar paso al subtexto cristiano, cálido, reverberante. Mensaje eterno de amor y plenitud, manifestado en la forma más modesta y funcional. Aquí no valen las meras equivalencias. El poeta García Nieto, Premio Cervantes 1997, ha reconstruido el instante mítico en su limpio verso:

"¿De dónde vienes, cuerda que ahora pulso?,
¿de dónde, forma de la idea, rama
de un árbol hospedado de pájaros,
concha de las más insospechadas aguas?
Dicen que un día, al lado de unas líneas,
que un pergamino dorado guardaba,
puso unas letras pequeñas y úmidas
y vírgenes y marginadas,
un estudiante de latín, un monje cuidadoso,
y que, minuciosamente, las ordenaba.
Casi como lo escrito
era lo que creaba;
pero había un grito contenido
que se hacía canto de libertad en la página.
Y cada letra era un botón de rosa,
una niña que abría los ojos y miraba,
una pluma en un nido tembloroso,
una piedra raramente cristalizada.
...
De la pella de barro iba creciendo
la criatura iluminada.
Y había un mundo nuevo para el escriba;
misteriosamente le acompañaba;
crecía
y sonaba
en su pecho como
el volcar de una campana.
"Era entonces Castilla un pequeño rincón" → *poema de Fernán González*
y San Millán, una antorcha recatada.
Iba cuidando el monje su fuego naciente
en la soledad castellana."

Recordemos este texto extraordinario que inaugura un milenio de abundancia. En el folio 72r del Códice Emilianense 60 está la oración latina:

El glosador ha enmudecido ante esta doxología. Ha llegado el momento de la generosidad del corazón y la palabra. Entonces apunta la que se ha venido llamando glosa 89: *como apórtorio de nuestro dueño, dueño Christo, dueño Salbador, qual dueño gel ena honore, equal dueño tienet ella mandatiõione como Padre, como Spiritu Sancto, enos sáculos de los sáculos. Fécamos Deus omnipotes tal serbiõio fere ke denante ela sua face gaudioso segamus. Amen.* Lo que, vertido a nuestro español de hoy, suena: "Con la ayuda de nuestro señor don Cristo, don Salvador, señor que está en la honra y señor que tiene el mando con el Padre, con el Espíritu Santo, en los siglos de los siglos. Háganos Dios omnipotente hacer tal servicio que delante de su faz seamos gozosos. Amén".

Yo comprendo que estas formas germinales susciten imágenes de nacimiento. "El primer vagido de nuestra lengua" lo ha llamado Dámaso Alonso. Sólo que vagido es el llanto del recién nacido y, en el caso de las glosas, más se trata de plegaria y bendición. Deprecación ferviente. El notable poeta y filólogo compara este primer testimonio del romance peninsular, una oración, con las más tempranas documentaciones de otras dos grandes lenguas de cultura: el francés y el italiano. El francés, de los juramentos de Estrasburgo (842), en el que Luis el Germánico jura para que le entiendan los súbditos de Carlos el Calvo, en un tratado de alianza en contra de otro hermano. Y el italiano se incorpora a la historia en un documento notarial del 960, en que el abad de Montecasino, en un litigio de tierras, prueba su posesión por treinta años: el juramento de los testigos se expresa en romance italiano. Permítame trasladar aquí la reflexión de Dámaso Alonso: "Tres primeros murmullos de tres grandes lenguas, cuya literatura llenará el mundo. Y miro, y pienso si habrá sido casualidad. ¿O no es, más bien, que tenía que ser así, porque de lo que está lleno el corazón habla la boca? España, Francia, Italia... ¡Oh, no!: no ha sido casualidad que las primeras frases francesas que conservamos sean militares y políticas... Ni que las primeras italianas miren a los bienes materiales... Y no puede ser azar, no. O, si acaso lo es, dejadme esta emoción que me llena al pensar que las primeras palabras enhebradas en sentido, que puedo leer en mi lengua española, sean una oración temblorosa y humilde... El primer vagido del español es extraordinario, entre los de sus hermanas. No se dirige a la tierra: con Dios habla, y no con los hombres." Y Ortega y Gasset, al rescatar la obra monumental de Menéndez Pidal sobre los orígenes del español, escribe: "No se trata precisamente de un cuento erótico. Y, sin embargo, el tema es de ternura—se habla de un niño: el idioma recién nacido, blando y molletudo, lechal".

¿Es esto dialecto castellano? Menéndez Pidal ha señalado que estas anotaciones son "representaciones del dialecto riojano o del castellano muy fluido por el de La Rioja". ¿Existe un dialecto riojano? ¿O lo que llamamos

riojano no es más que una mezcla de navarro-aragonés y castellano? Los dialectólogos más estudiosos se resisten a agrupar esta variedad lingüística. Zamora Vicente, tratando del riojano actual, lo incluye dentro de las "hablas de tránsito", hablas que no existen propiamente como dialectos, sino modalidades "que participan en mayor o menor cantidad de los rasgos de los dialectos vecinos". Manuel Alvar, al referirse al riojano medieval, lo denomina "dialecto ecléctico". Y, claro, dialecto de zona de transición, en el que se da coexistencia de normas lingüísticas. Coexistencia no es mezcla. Y allí están los rasgos navarro-aragoneses: el verbo *ser* diptongado: *get*, pron. *iet*, (es); conservación de oclusivas sordas intervocálicas: *faca* (haga), *siéculos* (siglos); etc. ¿Cómo no va a tener un modo genuino de hablar una región de geografías, pueblo e historia, tan genuinos!

La Rioja —se repite— es zona de transición. Lo extraordinario es que, desde hace siglos, se haya mantenido como zona de transición. Esto más bien de nota su acendrada personalidad. La Rioja ha emergido, desde la época prerromana, como una entidad peculiar. Zona fronteriza, bifrontal: Rioja Alta y Rioja Baja. La Alta, asomada hacia Castilla. La Baja, más del lado de Navarra y Aragón. Esta Rioja, perteneció durante más de siglo y medio al reino de Navarra, sin ser absorbida. Los monarcas navarros reconocieron la indole riojana: si en los primeros tiempos de la Reconquista ponían "reinando en Pamplona y Cantabria", después dirán "reinando en Nájera" (نجره) (20).

El romance de las glosas es dialecto riojano original con modos castellanos y navarro-aragoneses. O como sostienen García Turza y Muro: "las glosas son la primera manifestación escrita del dialecto riojano; en rigor, del habla altorriojana... sólo podrán ser consideradas lengua castellana o española en cuanto que revelan la existencia de unos rasgos lingüísticos que son comunes al dialecto que, con el transcurso de varios siglos, se convertirá en lengua nacional". En el siglo X, todavía está en sus comienzos el largo proceso de formación de lo que hoy llamamos lengua española. Menéndez Pidal lo ha explicado cabalmente: "El idioma español se formó muy lentamente por integración del trabajo lingüístico realizado en las comarcas españolas. El romance vulgar, como planta espontánea, fue naciendo sobre las distintas porciones del suelo peninsular con caracteres bastante diversos. Nació en torno a los distintos centros culturales que, por su mayor actividad política, social y literaria, podían constituirse en foco de irradiación para el uso idiomático. La unificación de esas varias modalidades así creadas se logró merced al multisecular proceso histórico en que las diversas comarcas van realizando su comunidad de destino".

Pero la glosa 89 no sólo representa el primer texto escrito intencionalmente en uno de esos romances peninsulares. Hay también otras anotaciones sorprendentes: la 31 (*juenerri merumir: jzioqui dugu*) y la 42 (*precipitemur: guet quitezdugu*). No menos venerables que la 89, se consideran la primera mani-

festación de la lengua vasca. Y es que, en los siglos IX y X, el río Najerilla, en la zona occidental de La Rioja, en gran parte de la cual se hablaba vasco, constituía el límite de esta lengua.

Sí, algo notable sucedió en La Rioja hace unos mil años. Y no es casual esta coincidencia de resplandores en la hermosa comarca ribereña del Ebro. No quisiera cerrar esta breve evocación sin siquiera aludir a otros dos "acontecimientos" riojanos asombrosos: los monasterios y el Camino.

Estas apuntes inmortales fueron escritas por un sencillo monje, o por más de uno, en un austero monasterio de La Rioja: San Millán de la Cogolla, el de Suso, el de "arriba" (lat. *superius*). Santuario signifiante de la España cristiana medieval. Junto al sepulcro de Emiliano (o Millán), santo ermitaño del siglo VI, cuajó la piedra visigoda. Y siguieron los mozarabes, dejando, además de los arcos de herradura, unos códices magníficos. Incendiado por Almanzor (1002), Sancho el Mayor de Navarra lo rehízo. Este cenobio, en la frontera de Castilla, desde antiguo fue lugar de peregrinación. Algo más tarde, floreció allí quien ha sido llamado "el primer poeta español de nombre conocido", don Gonzalo de Berceo:

*en Sant Millán de suso fue de niñez criado,
natural de Berceo, ond Sant Millán fue nado...*

Todo esto no es casual. Y es que La Rioja fue una de las regiones deslumbrantes e irradiadoras de cultura monástica. El monacato constituyó una institución fundamental en la historia cultural de todo el norte español. Esta Rioja no sólo se ha nutrido de las aguas. También los silencios claustrales han obrado. Los espacios de la fe, lagunas del milagro y el retiro. Silencio, estudio y arte. Estas son algunas de las solemnes superficies benedictinas: además de nuestro Sant Millán, Albelda y Valvanera.

Junto al río Iregua, San Martín de Albelda (fundado en 924) trae luces de la Reconquista, celebra victorias. Notable núcleo religioso y cultural; su escritorio llegó a competir con el de San Millán. De paso hacia Santiago de Compostela, un obispo francés encargó al monje Gomezano una transcripción de la obra de San Ildefonso sobre "la perpetua virginidad" de María. Entre los abades de ese monasterio descoló Salvo, quien creó himnos y oraciones. Su afamado discípulo Vigila, pintor y poeta, compuso uno de los códices más preciados de la España medieval (976).

Y hacia las aguas del Najerilla, Valvanera. Con la renombrada virgen, patrona de los riojanos, a la que Berceo cantó en estrofas que se han perdido. Lugar de peregrinaciones, favorecido por monarcas. Su biblioteca es rica en códices, entre los que se destaca uno del siglo X, finamente miniado, con los "comentarios a las reglas de San Benito".

Los monasterios... y el Camino. Por La Rioja pasó también, unos años después de escritas las glosas, el Camino. Y bastaría con decir esto: el camino

al sepulcro de Santiago. El camino consistía, en verdad, en todo un sistema de rutas. El Camino del mar. El Camino portugués. El Camino de Cataluña. Pero especialmente el Camino francés. El *Iter Francorum*, usado por los romeros de toda Europa, también discurría por La Rioja Alta. Sancho el Mayor empieza por cambiar el trazado antiguo. Para alejarse de las guerras contra los musulmanes, esta vía cruzaba las regiones montañosas del norte, llenas de escollos y peligros. El soberano navarro, con intuición internacionalista, desvía las sendas por las tierras llanas, cruzando los puntos más importantes de La Rioja. En el llamado *Codex Calixtinus* (siglo XII), verdadera guía del peregrino a Santiago de Compostela, aparecen mencionados los principales hitos: "luego se pasa Arcos, Logroño, Villarroya y luego la ciudad de Nájera, Santo Domingo, Redecilla, Belorado..." Sancho renueva calzadas, erige puentes, levanta hospederías. Como colaboradores, invita a los monjes de Cluny para que se establezcan en los conventos de Navarra, Castilla y La Rioja. Hermosa labor de iluminación. Continuada por hijos y nietos del monarca, la empresa culminará con Alfonso VI. Un ermitaño que habitaba junto al río Oja para facilitar el peregrinaje construyó un puente y rectificó la calzada. Santo Domingo de la Calzada fue llamado y así se denomina la ciudad que allí quedó constituida. Alfonso VI aprobó estos trabajos y dio nuevos impulsos a las peregrinaciones. Jesús de Leza, riojano legítimo, ha apuntado: "Por esta arteria central del reino corrió cada vez más abundante y fácilmente la vida europea, traída por continuas turbas de devotos y mercaderes; a trechos la corriente se remansaba y los viajeros se convertían en colonos, pobladores de barrios enteros, llamados Barrios de Francos, en las ciudades del camino, en Logroño, en Belorado, en Burgos, en Sahagún..."

Yo me pregunto por todas estas confluencias. Zona de transición, de puentes y caminos. Región de manantiales y de afluentes. Comarca de regadío. Las aguas de La Rioja son sanas. Lo asegura el *Codex Calixtinus*, minucioso al referirse a la calidad del elemento: "junto a Logroño pasa un agua inmensa, llamada Ebro, que es sana y abunda en peces" (*Ad Grugnum decurrit igitur aqua, nomine Ebra, que est sana et piscibus habundat* (sic)). Territorio de cenobios y códices miniados. Esta Rioja de Prudencio y Quintiliano, de Vigila, de las Glosas Emilianenses, de Berceo y -por qué no decirlo- del conde García Ordóñez. La Rioja. La del río Oja. Tierra de fertilidad y de acueductos. En estas latitudes de vinos generosos y noble agricultura, el Ebro se detiene y disgrega los caudales: Najerilla, Oja, Iregua, Leza... Los cronistas árabes la llamaban Vélez Assikia, tierra de acequias. Me pregunto por estas confluencias... y comprendo que en este espacio, hace un milenio, tenía que manar nuestra lengua.